

Introducción

por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier

Muy lejos de ser escritores, fundadores de un lugar propio, herederos de los labradores de antaño pero en el terreno del lenguaje, cavadores de pozos y constructores de casas, los lectores son viajeros; circulan por tierras ajenas, nómadas dedicados a la caza furtiva en campos que no han escrito, arrebatando los bienes de Egipto para gozar de ellos. La escritura acumula, almacena, resiste al tiempo mediante el establecimiento de un lugar y multiplica su producción por el expansionismo de la reproducción. La lectura no se garantiza contra el desgaste del tiempo (se olvida y se la olvida), no conserva la experiencia lograda (o lo hace mal), y cada uno de los lugares por donde pasa es una repetición del paraíso perdido ¹.

Este texto de Michel de Certeau establece una distinción fundamental entre la huella escrita, sea cual fuere, fijada, duradera, conservadora, y sus lecturas, siempre en el orden de lo efímero, de lo plural, de la invención. De ese modo sirve para definir el proyecto del presente libro, escrito a varias manos, que descansa en dos ideas esenciales. La primera es que la lectura no está previamente inscrita en el texto, sin distancia pensable entre el sentido asignado a este último (por su autor, su editor, la crítica, la tradición, etc.) y el uso o la interpretación que cabe hacer por parte de sus lectores. La segunda reconoce que un texto no existe más que porque existe un lector para conferirle significado:

Ya se trate del periódico o de Proust, el texto no cobra significado más que a través de sus lectores; con ellos cambia, y se ordena con arreglo a unos códigos de percepción que se le van de las

¹ Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien*, vol. 1, *Arts de faire*, 1980; reedición, París, Gallimard, 1990, p. 251.

manos. No se convierte en texto más que en su relación con la exterioridad del lector, mediante un juego de implicaciones y de astucias entre dos clases de “espera” combinadas: la que organiza un espacio *legible* (una literalidad) y la que organiza una trayectoria necesaria a la *efectuación* de la obra (una lectura) ².

La tarea de los historiadores que han contribuido a la presente obra ha sido reconstruir, en sus diferencias y sus singularidades, las diversas maneras de leer que desde la Antigüedad clásica han caracterizado a las sociedades occidentales.

El llevar a buen puerto semejante indagación supone prestar minuciosa atención a la manera en que se lleva a cabo el encuentro entre “el mundo del texto” y “el mundo del lector”, términos que tomamos de Paul Ricoeur ³. Reconstruir en sus dimensiones históricas ese proceso exige, ante todo, tener en cuenta que sus respectivos significados dependen de las formas y las circunstancias a través de las cuales sus lectores (o sus oyentes) los reciben y se los apropian. Estos últimos no se enfrentan nunca a textos abstractos, ideales, desprovistos de toda materialidad: manejan objetos, escuchan palabras cuyas modalidades gobiernan la lectura (o la escucha) y, al hacerlo, dan la clave de la posible comprensión del texto. Contra una definición puramente semántica del texto —presente no sólo en la crítica estructuralista, en todas sus variantes, sino también en las teorías literarias más afanosas de reconstruir la recepción de las obras—, conviene tener en cuenta que las formas producen sentido y que un texto está revestido de un significado y un estatuto inéditos cuando cambian los soportes que le proponen a la lectura. Toda historia de las prácticas de lectura es, pues, necesariamente una historia de los objetos escritos y de las palabras lectoras.

Conviene asimismo tener en cuenta que la lectura es siempre una práctica encarnada en ciertos gestos, espacios y hábitos. Con el distanciamiento de un enfoque fenomenológico

que borra las modalidades concretas de la lectura, considerada como una invariante antropológica, es preciso identificar las disposiciones específicas que sirven para diferenciar las comunidades de lectores, las tradiciones de lectura y los modos de leer.

La trayectoria da por supuesto el reconocimiento de varias series de contrastes. En primer lugar, contrastes entre competencias de lectura. El abismo, esencial pero tosco, entre lectores cultos y analfabetos, no agota las diferencias en la relación con lo escrito. Todos quienes pueden leer los textos no los leen de la misma manera y, en cada época, grande es la diferencia entre los doctos bien dotados y los más torpes de los lectores. Contrastes, finalmente, entre unas normas y unas convenciones de lectura que, en cada comunidad de lectores, definen unos usos legítimos del libro, unos modos de leer, unos instrumentos y unos procedimientos de interpretación. Y contrastes, por último, entre las esperanzas y los intereses tan variados que los diversos grupos de lectores ponen en la práctica de leer. De esas determinaciones, que gobiernan las prácticas, dependen las maneras en que pueden ser leídos los textos, y leídos de modo diferente por lectores que no comparten las mismas técnicas intelectuales, que no mantienen una relación semejante con lo escrito, que no otorgan ni el mismo significado ni el mismo valor a un gesto aparentemente idéntico: leer un texto.

Por consiguiente, una historia de largo alcance de las lecturas y los lectores ha de ser la de la historicidad de los modos de utilización, de comprensión y de apropiación de los textos. Considera al “mundo del texto” como un mundo de objetos, formas y ritos cuyas convenciones y disposiciones sirven de soporte y obligan a la construcción del sentido. Por otro lado, considera asimismo que el “mundo del lector” está constituido por “comunidades de interpretación” (según la expresión de Stanley Fish⁴), a las que pertenecen los lectores/as

² *Ibid.*, p. 247.

³ Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, Éditions du Seuil, 1985, vol. 3, *Le Temps raconté*, pp. 228-263.

⁴ Stanley Fish, *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge (Mass.) y Londres, 1980, pp. 1-17.

singulares. Cada una de esas comunidades comparte, en su relación con lo escrito, un mismo conjunto de competencias, usos, códigos e intereses. Por ello, en todo este libro se verá una doble atención: a la materialidad de los textos y a la práctica de sus lectores.

“Los nuevos lectores contribuyen a elaborar nuevos textos, y sus nuevos significados están en función de sus nuevas formas”⁵. De ese modo designa D. F. McKenzie con sobrada agudeza el doble conjunto de variaciones —las de las formas de lo escrito y las de la identidad de los públicos— que ha de tener en cuenta toda historia deseosa de restituir el significado movedizo y plural de los textos. En la presente obra hemos sacado provecho de la constatación de diferentes maneras: descubriendo los principales contrastes que, a la larga, oponen entre sí a las diferentes maneras de leer; caracterizando en sus diferencias las prácticas de las diversas comunidades de lectores dentro de una misma sociedad; prestando atención a las transformaciones de las formas y los códigos que modifican, a la vez, el estatuto y el público de los diferentes géneros de textos.

Semejante perspectiva, si bien está claramente inscrita en la tradición de la historia del libro, tiende, sin embargo, a desplazar sus cuestiones y sus trayectorias. En efecto, la historia del libro se ha dado como objeto la medida de la desigual presencia del libro en los diferentes grupos que integran una sociedad. De lo cual se infiere, en consecuencia, la construcción totalmente necesaria de indicadores aptos para revelar las distancias culturales: por ejemplo, para un lugar y un tiempo dados, la desigual posesión del libro, la jerarquía de las bibliotecas en función del número de obras que contienen o la caracterización temática de los conjuntos a tenor de la parte que en ellas ocupan las diferentes categorías bibliográficas. Desde ese enfoque, reconocer las lecturas equivale, ante todo, a constituir series, establecer umbrales y construir

⁵ D. F. McKenzie, *Bibliography and the Sociology of Texts*, The Panizzi Lectures, 1985, Londres, The British Library, 1986, p. 20.

estadísticas. El propósito, en definitiva, consiste en localizar las traducciones culturales de las diferencias sociales.

Esa trayectoria ha acumulado un saber sin el que hubieran resultado impensables otras indagaciones, y este libro, imposible. Sin embargo, no es suficiente para escribir una historia de las prácticas de lectura. Ante todo, postula de modo implícito que las grandes diferencias culturales están necesariamente organizadas con arreglo a un desglose social previo. Debido a ello, relaciona las diferencias en las prácticas con ciertas oposiciones sociales construidas *a priori*, ya sea a la escala de contrastes macroscópicos (entre las élites y el pueblo), ya sea a la escala de diferenciaciones menores (por ejemplo, entre grupos sociales, jerarquizados por distinciones de condición o de oficio y por niveles económicos).

Y lo cierto es que las diferenciaciones sociales no se jerarquizan con arreglo a una rejilla única de desglose de lo social, que supuestamente gobierna tanto la desigual presencia de los objetos como la diversidad de las prácticas. Ha de invertirse la perspectiva y localizar los círculos o comunidades que comparten una misma relación con lo escrito. El partir así de la circulación de los objetos y de la identidad de las prácticas, y no de las clases o los grupos, conduce a reconocer la multiplicidad de los principios de diferenciación que pueden dar razón de las diferencias culturales: por ejemplo, la pertenencia a un género o a una generación, las adhesiones religiosas, las solidaridades comunitarias, las tradiciones educativas o corporativas, etc.

Para cada una de las “comunidades de interpretación” así identificadas, la relación con lo escrito se efectúa a través de las técnicas, los gestos y los modos de ser. La lectura no es solamente una operación intelectual abstracta: es una puesta a prueba del cuerpo, la inscripción en un espacio, la relación consigo mismo o con los demás. Por ello, en el presente libro, se ha prestado una atención muy particular a las maneras de leer que han desaparecido o que, por lo menos, han quedado marginadas en el mundo contemporáneo. Por ejemplo, la lectura en alta voz, en su doble función de comunicar lo escrito a quienes no lo saben descifrar, pero asimismo de

fomentar ciertas formas de sociabilidad que son otras tantas figuras de lo privado, la intimidad familiar, la convivencia mundana, la convivencia entre cultos. Una historia de la lectura no tiene que limitarse únicamente a la genealogía de nuestra manera contemporánea de leer, en silencio y con los ojos. Implica igualmente, y quizá sobre todo, la tarea de recobrar los gestos olvidados, los hábitos desaparecidos. El reto es considerable, ya que revela no sólo la distante rareza de prácticas antiguamente comunes, sino también el estatuto primero y específico de textos que fueron compuestos para lecturas que ya no son las de sus lectores de hoy. En el mundo clásico, en la Edad Media, y hasta los siglos XVI y XVII, la lectura implícita, pero efectiva, de numerosos textos es una oralización, y sus “lectores” son los oyentes de una voz lectora. Al estar esa lectura dirigida al oído tanto como a la vista, el texto juega con formas y fórmulas aptas para someter lo escrito a las exigencias propias del “lucimiento” oral.

Hagan lo que hagan, los autores no escriben libros. Los libros no se escriben en absoluto. Los manufacturan los escribas y demás artesanos, los mecánicos y demás ingenieros, y por las prensas de imprimir y demás máquinas⁶.

Contra la representación elaborada por la propia literatura y recogida por la más cuantitativa de las historias del libro, según la cual el texto existe en sí, separado de toda materialidad, cabe recordar que no hay texto alguno fuera del soporte que permite leerle (o escucharle). Los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos escritos —manuscritos, grabados, impresos y, hoy, informatizados— manejados de diversa manera por unos lectores de carne y hueso cuyas maneras de leer varían con arreglo a los tiempos, los lugares y los ámbitos.

Ha sido ese proceso, olvidado con harta frecuencia, el que hemos puesto en el centro de la presente obra, que pre-

⁶ Roger Stoddard, “Morphology and the Book from an American Perspective”, en *Printing History*, 17 (1990), pp. 2-14.

tende localizar, dentro de cada una de las secuencias cronológicas escogidas, las mutaciones fundamentales que han ido transformando en el mundo occidental las prácticas de lectura y, más allá, sus relaciones con lo escrito. A ello se debe la organización a la vez cronológica y temática de nuestro volumen, articulado en trece capítulos que nos llevan desde la invención de la lectura silenciosa en la Grecia clásica hasta las prácticas nuevas, permitidas y a la vez impuestas por la revolución electrónica de nuestro presente.

El mundo griego y helenístico: la diversidad de las prácticas

“Todo *lógos*, una vez escrito, circula (*kulindeitai*) por doquier, tanto entre quienes lo entienden como entre quienes nada tienen que hacer, y no sabe a quién debe hablar y a quién no”. Esta reflexión, puesta por Platón en boca de Sócrates en el *Fedro*, gira toda ella en torno al verbo *kulindo*, “circular”, el cual viene eficazmente a significar el libro en forma de rollo que, en su itinerario hacia los lectores, “circula” metafóricamente en todas direcciones, mientras que “hablar”, *legein*, sólo puede referirse a la lectura oral, en alta voz (y que por ende será mejor denominarlo en lo sucesivo con la expresión “lectura vocal”). Continúa Platón diciendo que “si el *lógos* escrito es ofendido (*plemmeloumenos*) o es injustamente atacado, siempre tiene necesidad de la ayuda del padre; de hecho, él no es capaz de repeler un ataque o de defenderse por sí mismo” (*Fedro*, 275d 4 y 5); frase en la que el uso del verbo *plemmeleo*, literalmente “desafinar en la ejecución musical”, ensombrece a su vez una lectura en la cual la interpretación vocal, donde “desafinar” vale decir que no está en consonancia con la intención del autor, puede desfigurar el discurso escrito y, por consiguiente, ofenderlo.

Este pasaje de Platón suscita asimismo, de manera directa o indirecta, otras cuestiones fundamentales para la historia de la lectura en el mundo clásico. Cabe reflexionar, ante todo, sobre la relación entre los sistemas de comunicación en términos no sólo de oralidad/escritura, sino dentro de la propia oralidad, que se sitúa de manera diversa según se expre-

se como discurso meramente hablado o como exposición vocal de un escrito por un individuo-lector. El discurso hablado —entendido por Platón como “discurso de verdad”, útil al proceso cognitivo— elige sus interlocutores, puede estudiar sus reacciones, esclarecer sus preguntas, responder a sus ataques. El discurso escrito, en cambio, es como una pintura: si se le formula una pregunta, no responde, y no hace sino repetirse a sí mismo hasta el infinito. Difundido en un soporte material, inerte, lo escrito no sabe a quién dirigirse que sea capaz de entenderlo, y a quién no debe hablar porque sea incapaz de recibirlo: en suma, no sabe quién, en su difusión incontrolada, le brindará el instrumento de la voz, que hará surgir de él un sentido mediante la lectura. Por consiguiente, toda lectura constituye una interpretación diversa del texto, directamente condicionada por el lector. En resumidas cuentas —no obstante las reservas de Platón— el libro goza de la libertad de “circular” en todas direcciones, y se presta a una lectura libre, a una libre interpretación y un libre uso del texto.

Esta novedad de un libro que transmite un *lógos* escrito, destinado a la lectura, entraña otras implicaciones. Éste es el momento en el que pasa a restringirse la separación —que en Grecia se reconstruye desde el siglo VI hasta finales del V a.C.— entre una presencia escasa del libro y, por el contrario, una difusión más bien amplia de la alfabetización y las prácticas de lectura de inscripciones oficiales o hasta el nivel de las clases urbanas inferiores. Se trata de una separación que afecta, más en profundidad, a la función misma de la escritura en aquella época. La producción de escritos expuestos a la lectura pública y sobre todo los modos formales de exposición y las tipologías de mensaje de esos escritos constituyen uno de los aspectos calificantes de la democracia ateniense a partir de su institución (508/507 a.C.).

Si, como escribe Jesper Svenbro, la escritura se “pone al servicio de la cultura oral [...] para contribuir a la producción de sonido, de palabras eficaces, de gloria resonante”, esa función tiene relación con la composición escrita en la fase de “auralidad” (publicación oral) de la producción textual griega: se trata sobre todo de épica o, en sentido más amplio, de

obras en verso; y en esa categoría caben igualmente las inscripciones o microtextos inscritos en objetos. Pero la función de la escritura, y del libro en particular, fue asimismo otra: la de la conservación del texto. La Grecia clásica tuvo clara conciencia de que la escritura se había “inventado” para fijar los textos y, de ese modo, poder traerlos a la memoria: en la práctica, conservarlos. Seguros en ese sentido se evidencian los testimonios antiguos relativos a ejemplares de obras, poéticas o científico-filosóficas, dedicadas a los templos y en ellos conservadas, así como al uso de la *sphregis*, el “sello” del autor destinado a garantizar la autenticidad textual de la obra, que sólo se justifica, por ende, en la perspectiva de un libro destinado a conservar, más que a hacer que cobre resonancia el texto escrito (aunque no cabe excluir ciertas formas de lectura en alta voz, a ser posible por parte del propio autor).

A finales del siglo V a.C. parece concretarse la línea de demarcación entre un libro destinado casi solamente a la fijación y conservación de los textos, y un libro destinado a la lectura⁷. Las figuras de los vasos áticos de entonces documentan la transición desde escenas que muestran libros como textos de uso escolar y, por tanto, dedicados a fines educativos a cualquier nivel, a escenas de lectura verdadera y propia en las que primero solamente aparecen figuras masculinas, pero bien pronto también de mujeres leyendo. Esas figuras no están aisladas, sino que están en contextos representativos de trato y de conversación, señal de que la práctica de la lectura se entendía sobre todo como ocasión de vida social (o asociativa). Aunque no era desconocida, la lectura completamente individual resulta poco frecuente, a juzgar al menos por los escasos —mejor dicho, escasísimos— testimonios iconográficos o literarios que han sobrevivido.

Otra cuestión se refiere a la modalidad de la lectura en alta voz, la más difundida en todo el abanico de la Antigüedad clásica. Se ha destacado que esa modalidad descansa en la necesidad de hacer que sea comprensible para el lector el

⁷ Me limito a remitir a la obra clásica de E. G. Turner, *Athenian Books in the Fifth and Fourth Centuries B.C.*, Londres, 1977.

sentido de una *scriptio continua* inapreciable e inerte sin el sonido de la voz. Pero igualmente está atestiguada desde una época muy antigua una lectura silenciosa⁸. Cabe indagar, por un lado, hasta qué punto ambas prácticas difieren para los fines de la lectura de una *scriptio continua*, y por otra, si ambas prácticas no se han dado siempre simultáneas y no dependen solamente de las situaciones de lectura.

Los primeros testimonios de Eurípides y de Aristófanes referentes a una lectura silenciosa se remontan a finales del siglo V a.C. y se refieren a objetos diversos del libro (un mensaje en una tablilla y una respuesta de un oráculo). Se trata de testimonios seguros. Pero cabe preguntarse si en aquella misma época, en determinadas situaciones, no se llevaba a cabo asimismo una lectura silenciosa del libro. “Cuando a bordo de la nave leía para mis adentros la Andrómeda” (de Eurípides, representada en el 413), confiesa Dioniso en *Las ranas* de Aristófanes (vv. 52-53); o también: “en la soledad quiero leer (*dielthein*) este libro para mis adentros”, exclama el protagonista en un fragmento del *Faón* del Platón cómico (fr. 173, 1-5 Kock), aproximadamente contemporáneo de Aristófanes, mientras que luego, distraído por la intervención de un interlocutor curioso, y a petición de este último, le comienza a leer en alta voz su libro, un tratadito de arte culinaria. No cabe excluir que en estos casos la expresión *pros emauton*, “para mí mismo”, remita a una lectura no sólo individual sino asimismo silenciosa, a una voz lectora interiorizada y por ende sólo dirigida a uno mismo.

Conviene captar aquí igualmente otra dimensión de la lectura: en la Grecia clásica, evidentemente no se conocían las lecturas durante los viajes y, por tanto, en cierto modo, “de entretenimiento”, fuera de las obligatorias por la profesión, si bien Dioniso, dios estrechamente vinculado a la dramaturgia, estaba prácticamente empeñado en una lectura que formaba parte de su “oficio”. Pero la cuestión es de carácter más amplio

⁸ B. M. W. Knox, “Silent Reading in Antiquary”, en *Greek, Roman and Byzantine Studies*, IX (1968), pp. 421-435.

y aborda el problema de las franjas de lectores y de la extensión de las prácticas de lectura a partir del momento en que los libros comenzaron a difundirse. En los *Diálogos* platónicos, los *logói* escritos que se toman en consideración son habitualmente textos filosóficos, los que circulaban en el ámbito de la Escuela Académica⁹. Y lo cierto es que, aunque privadas, las primeras colecciones de libros de que se tiene noticia son de tipo profesional, entre las que cabe destacar, por ejemplo, las de Eurípides y de Aristóteles.

En la misma época nacía, además, otro modelo de colección privada de libros. “¿Deseas ser rapsoda?” —le pregunta Sócrates a Eutidemo; y añade: “Se dice, en efecto, que posees todo Homero” (Jenofonte, *Memorabilia*, IV, 2, 8-10). Eutidemo no quiere ser rapsoda, pero la pregunta de Sócrates conlleva implicaciones harto significativas: de hecho, las que surgen de ese diálogo, referido a Jenofonte, y el vínculo, descontado por Sócrates, entre la posesión de determinados escritos (*grammata*) y el ejercicio disciplinar o profesional desde la medicina hasta la astrología, desde la arquitectura y la geometría hasta la rapsodia. Pero Eutidemo, que rechaza esa obligada relación, desea sólo procurarse y leer cuantos más libros le sea posible: una biblioteca, por consiguiente, no solamente profesional. Algún otro testimonio parece llegar más adelante. En el *Erecteo* de Eurípides, los versos “posa la lanza [...] y, descolgado el escudo tracio [...], pueda yo desplegar la voz de las tablillas de donde sacan fama los sabios” (fr. 60 Austin) no pueden referirse más que a una lectura —en voz alta— fuera de cualquier implicación profesional (aunque se trata de tablillas y no de un rollo). Y el libro de arte culinario mencionado en el Platón cómico indica, por otro lado, que ya en aquella época —nos hallamos a comienzos del siglo VI a.C.— circulaban ciertas lecturas “de consumo”.

⁹ Es de destacar que bastante más abierto y favorable a lo escrito y a la actitud de Platón ya que no se trata del discurso filosófico o “de verdad”, se muestra, con amplia discusión, G. Cerri, *Platone sociologo della comunicazione*, Milán, 1991, pp. 119-128.

El fragmento del *Faón* comprende el discurso sobre determinadas maneras de leer¹⁰. El verbo *dierchomai* (infinito del aoristo *dielthein*) de que hace uso el comediógrafo, indica el leer con la máxima atención, “recorrer” el texto con todo detalle, en contraste —encaminado a obtener el efecto cómico— con la trivialidad del libro que el protagonista desea leer: un tratadito de arte culinaria. La variedad de los verbos utilizados por los griegos para indicar el acto de “leer” implica significados o matices de significado diversos por lo menos en la primera fase de su definición semántica. Verbos como *nemein* o sus compuestos (*ananemein*, *epinemein*) indican leer en el sentido predominante de “distribuir” el contenido de la escritura, implicando por eso mismo una lectura vocal; *anagignoskein* focaliza el acto de leer como momento del “reconocer”, “descifrar” las letras y sus secuencias en sílabas, palabras y frases: un “reconocer” que ciertas determinaciones adverbiales muestran a niveles diversos, *tacheos* (“rápidamente”), *bradeos* (“con fatiga”), *ortos* (“correctamente”), *kata syllaben* (sílabas tras sílabas); mientras que otros verbos que utilizan metáforas espaciales, *dierchomai* y *diecseimi*, “recorrer”, se refieren a un texto “recorrido”, “atravesado del principio al fin” atentamente y por ende en profundidad.

Parece que en la época clásica, de una lectura como “distribución de un texto” realizada por unos pocos cultos a muchos analfabetos, se pasa a una lectura más difundida y por esa razón como “reconocimiento” directo de las letras en un librito cualquiera, hasta —entre los siglos V y IV a.C.— una lectura que al “recorrer” atentamente el texto lo considera, lo examina, lo sondea. Un testimonio de Isócrates no deja dudas acerca de la distinción semántica *anagignoskein/diecseimi*, oponiendo los oradores “que leen superficialmente” el discurso a “aquellos que

¹⁰ Sobre las maneras de leer en relación con los verbos que significan “véase” —además del artículo de P. Chantraine, “Les verbes grecs signifiant ‘lire’”, en *Mélanges Henri Grégoire*, II, Bruselas, 1950, pp. 115-126, y de los trabajos de Svenbro— *vid.* las contribuciones de G. E. Nieddu, “Decifrare la scrittura, ‘percorrere’ il testo: momenti e livelli diversi dell’approccio alla lettura nel lessico dei greci”, en *Giornale Italiano di Filologia*, XI (1988), pp. 17-37, y de D. J. Allan, “Anagignosko and Some Cognate Words”, en *The Classical Quarterly*, n.s., XXX (1980), pp. 244-251.

en cambio lo recorren todo él atentamente”. En ese mismo contexto aparece por vez primera, con el uso del verbo *pateo* por medio, la imagen del libro “frecuentado” continuamente (literalmente, “pateado”), o sea, leído y releído muchas veces. ¿Se tratará acaso de una forma de lectura intensiva?

En cualquier caso, todo esto nos muestra que la Grecia clásica conocía diversas prácticas de lectura, relacionadas con la diversidad de competencias y de funciones, en cuanto se refiere a la articulada gama de posibilidades expresivas que la lengua nos documenta, si bien en una época más tardía determinados significados verbales originariamente distintos pasaron a usarse el uno por el otro o pasaron a asumir matices de significación no siempre perceptibles.

Difícil resulta decir si los usos nuevos e incrementados por la cultura escrita en la época helenística —demostrados sobre todo por la producción y la frecuentación de grandes cantidades de documentos— contribuyeron no sólo a una instrucción más amplia y, por tanto, a la extensión de una enseñanza escolástica, sino asimismo a una mayor difusión de las prácticas de lectura. Cabe observar —pero sin enfatizar su significado— que algunos funcionarios de la administración dejaron en sus documentos huellas de lecturas cultas, Calímaco o Posidipo.

Antes bien, es de destacar que en la época helenística, si bien permanecían ciertas formas de oralidad, el libro desempeñaba ya un papel fundamental. La literatura de la época dependía toda en adelante de la escritura y del libro: a esos instrumentos se les confiaba la composición, circulación y conservación de las obras. Antes, la filología alejandrina, al atribuir, controlar, transcribir y comentar los textos, redujo a libro, si bien a libro destinado sólo a una lectura erudita, toda una literatura de época más antigua que no había nacido para ser plasmada en libro¹¹. La filología alejandrina, en suma, impu-

¹¹ Sobre los diversos momentos del paso de una cultura oral a una cultura enteramente escrita, me limito a remitir al cuadro trazado por L. E. Rossi, “L’ideologia dell’oralità fino a Platone”, en *Lo spazio letterario della Grecia antica*, dir. por G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza, I, *La produzione e la circolazione del testo*, I, *La polis*, Roma, 1922, pp. 77-106.

so la concepción de que el texto es un texto escrito, y que eso se puede captar a través de las lecturas conservadas gracias al libro. La biblioteca de Alejandría, arquetipo de las grandes bibliotecas helenísticas¹², fue biblioteca al mismo tiempo “universal” y “racional”: universal porque estaba destinada a la conservación de los libros de todos los tiempos y de todo el orbe conocido, y racional porque en ella los propios libros habían de ser reducidos a un orden, a un sistema de clasificación (recuérdese el *Pinakes* de Calímaco) que permitiese organizarlos por autores, por obras y por contenidos. Pero “universalidad” y “racionalidad” no podían depender más que de un solo escrito, que se podía evaluar de modo crítico, copiar, incluir en un libro, clasificar y disponer junto a otros libros.

En esa perspectiva se define, ya sea por los textos del pasado o por los nuevos, una estructuración más precisa en *volúmina*/rollos y las características extrínsecas del propio *volúmen*. Establecida la medida estándar de este último dentro de determinados extremos de oscilación del formato en altura y longitud, la norma era que cada rollo albergase un texto autónomo —con la advertencia de que la extensión de este último estaba estrechamente relacionada con el género literario y la estructura de la obra— o un solo libro de un solo escrito compuesto por varios libros, con la excepción, ya fuera de textos/libros muy extensos, subdivididos en dos rollos/tomos, ya fuera de textos/libros muy breves, reunidos en un único rollo. Asimismo, se definen una *mise en colonne* de la escritura, sistemas de titulación y una serie de dispositivos (signos de *paragraphos*, guiones) para dividir los textos en partes y secciones. Se trataba de una ordenación de la producción literaria y de una disciplina técnico-libresca, funcionales por un lado para la creación de grandes bibliotecas, y por otro para renovar las prácticas de lectura.

De todos modos, las grandes bibliotecas helenísticas no eran bibliotecas de lectura. Eran, por una parte, manifestaciones de *grandeur* de las dinastías en el poder (los lágidas —los

Tolomeos— y los atálidas) y por otra, campo e instrumento de trabajo para una indagación de eruditos y hombres de letras. En resumidas cuentas, que los libros, aunque técnicamente predispuestos a la lectura, más que ser verdaderamente leídos, se iban acumulando. Sobre las bibliotecas helenísticas continuaba actuando el modelo de referencia, que era el de hacer colecciones de los libros de las escuelas científico-filosóficas, colecciones reservadas a un número muy restringido de maestros, discípulos y seguidores.

Aparte de las grandes bibliotecas, cuya fama se ha transmitido desde las fuentes, bien poco se conoce sobre otras bibliotecas públicas de la época helenística. Se halla ahora en tela de juicio la existencia de bibliotecas en los *gymnasia* establecidas en espacios arquitectónicos específicos¹³, así como por lo general el admitir —con bases arqueológicas de variada índole— que se fundaran bibliotecas en diversas ciudades del mundo helenístico. Pero cabe preguntar: ¿con qué función, y cuántas personas estaban en condiciones de frecuentarlas? Parece ser que la lectura era practicada mayormente en privado por aquel público, aunque limitado, que estaba capacitado para practicarla. De los fragmentos más o menos grandes de rollos greco-egipcios que han llegado hasta nosotros, el repertorio resulta ser el tradicional, integrado en su mayor parte de textos de la edad clásica. En la época helenística se asiste asimismo al florecimiento de manuales de carácter técnico, como textos de crítica filológica y literaria, o tratados de uso meramente práctico (táctica militar, agricultura). Pero en este último caso se trata, quizá, de textos de consulta profesional más que de textos propuestos a un público amplio. El arte estatuario y funerario de la época muestra figuras de lectores en número cada vez más creciente; pero, a diferencia de la época clásica, casi siempre dedicados a lecturas individuales, como si se hubiese establecido con el libro una relación más íntima y privada. De la lectura como momento de vida asociativa propia de la *polis* se había pasado a la lectura como repliegue sobre

¹² Y creo obligatorio remitir a L. Canfora, *La biblioteca scomparsa*, Palermo, 1986.

¹³ R. Nicolai, “Le biblioteche dei ginnasi”, en *Nuovi annali della Scuola speciale per archivisti e bibliotecari*, I (1987), pp. 17-48.

sí mismo, como búsqueda interior, reflejo de las demás actitudes culturales y corrientes de pensamiento de la civilización helenística.

No obstante, no faltan signos, respecto a la época anterior, de cierta ampliación del campo de la lectura. Fuera de los ámbitos institucionales eruditos, el nuevo papel asumido por el libro viene destacado por la composición en aquella época de epigramas de dedicatoria y de presentación editorial en los que el libro es objeto de alguna alocución o, mejor dicho, de una “charla”. La modalidad de la lectura en alta voz hizo que el libro se volviera “animado”, como a finales de la edad antigua tornaba “animados” otros materiales con inscripciones (estelas funerarias, objetos de uso personal), signo de una mayor difusión en libro de lo escrito. En todo caso, el libro entró, con su personalidad, en un juego de relaciones con sus lectores, con cuantos se dirigían a él o le “prestaban” la voz. Más adelante, el motivo del libro “animado” hallará amplio eco entre los autores latinos de la época imperial, época de mayor difusión de la lectura¹⁴.

En otra vertiente, una relación más estrecha entre libro y lector fue instituida en la misma época por el autor, que facilitó el acceso al texto, sobre todo cuando era complejo y articulado en varios libros: Polibio escribió una introducción al libro XI de sus *Historias* porque con ella “atrae la atención de quienes quieren leer, estimula y anima a los lectores, y permite encontrar fácilmente lo que se busca” (XI, 1a, 2). Los historiadores, por lo general, introducían un sumario en cada una de las partes de sus obras, con el fin de facilitar su lectura y consulta. Semejante práctica continuó más adelante y suele encontrarse en autores latinos como Ovidio, que en sus obras remite a otras partes de las mismas para ligar entre sí las diversas fases editoriales o argumentos; o como Plinio, que al comienzo de su *Naturalis historia*, después de la dedicatoria a Tito, ofrece sumarios numerados libro por libro —con indicación de las respectivas fuentes— de los treinta y seis que siguen.

¹⁴ M. Citroni, “Le raccomandazioni del poeta: apostrofe al libro e contatto col destinatario”, en *Maiia*, n.s., XXXVIII (1986), pp. 111-146.

En la época helenística, no hay ningún caso —sobre la pista ya de los sofistas y Aristóteles— en que se defina, sobre todo con Dionisio de Tracia, una verdadera y propia teoría de la lectura, que los manuales de retórica y los tratados de gramática imparten mediante una preceptiva bastante detallada, encaminada a organizar la expresividad de las voces en el acto de leer¹⁵. Sin el arte de la lectura, lo escrito estaba destinado a seguir siendo una serie de incomprensibles garabatos sobre el papiro. Toda *anagnosis* (“lectura”) individual o en presencia de un auditorio debe ser una *hypokrisis*, una “interpretación” oral y gestual que se esforzará lo más posible por expresar el género literario y dar cuenta de la intención del autor; de otro modo, el lector sólo podía caer en el ridículo. En efecto, la teoría de la lectura derivaba de la *actio* oratoria, ligada a su vez a la *praxis* teatral. De ahí la búsqueda, por parte de los clásicos, de una metodología hermenéutica capaz de captar los indicios brindados por el propio texto para encaminarlos a una lectura correcta.

Modalidades de lectura en Roma: nuevos textos y nuevos libros

No cabe la menor duda de que Roma tomó del mundo griego los modos de estructuración física del *volumen* literario y determinadas prácticas de lectura, por lo menos a partir de la época de los Escipiones, sobre todo según avanzaba el siglo II a.C. Antes de aquella época, los usos de la cultura escrita en el mundo romano han de entenderse sustancialmente limitados a la casta sacerdotal y a la clase gentilicia, y por ello resulta difícil creer que hubiese más libros que los anales máximos compilados por los pontífices, los *commentarii augurum*, es decir, los libros de los intérpretes, y los *libri Sybillini*, junto a unos pocos *libri reconditi*, conservados en *loca secreta*. En cuanto al ámbito de la clase gentilicia, más que libros, lo que existía eran testimonios documentales de archivo, como los *commentarii* relativos a las magistraturas cubiertas y *laudationes*.

¹⁵ G. M. Rispoli, “Declamazione e lettura nella teoria retorica e grammaticale greca”, en *Koinonía*, XV (1991), pp. 93-133.

Por lo cual no cabe entender que la práctica de la lectura rebasase los límites de más allá de las inscripciones o los documentos expuestos. A partir de los siglos III-II a.C., los usos del libro se demuestran de todos modos más extendidos y articulados en los pliegues de una sociedad ya cambiante. Pero se trataba sobre todo de libros griegos. Tales son los libros utilizados por comediógrafos para sacar de ellos inspiración y situaciones jocosas: es decir, para uso profesional. Y el propio nacimiento de una literatura latina está vinculado en aquella época a modelos y, por tanto, a libros griegos.

En un primer lugar, la lectura de libros se evidencia como práctica exclusiva de las clases altas, y totalmente privada. En los siglos II y I a.C., los libros griegos pasaron a añadirse a los botines de guerra: en 168 los trajo de Macedonia Emilio Paolo, en 86, Sila de Atenas, y en 71/70 Lúculo del Ponto Euxino. Esos libros —exhibidos en las mansiones de quienes los conquistaron— pasaron a constituir bibliotecas privadas de lectura, en torno a las cuales se hallaba la restringida sociedad culta: Polibio evoca los años de su amistad con Escipión Emiliano y Emilio Paolo, ligándolos a préstamos de libros y a conversaciones suscitadas por aquellos préstamos; más adelante, Cicerón se nutría de la biblioteca de Fausto Silla, hijo del dictador, y Catón de Utica se sumergía en la lectura de los estoicos en la biblioteca que el joven Lúculo había heredado de su padre. La biblioteca romana, en la que perduraba un modelo helenístico, llevaba anejos un jardín y pórticos, pero de espacio exclusivo y reservado se encaminaba a convertirse en “un espacio donde se hacía la vida”.

La época imperial imprimió un nuevo giro a las prácticas de lectura, debido ante todo a una circulación mayor de la cultura. El mundo en adelante grecorromano —si bien con distinciones entre una época y otra, entre el centro y las provincias, entre región y región, y dentro de una misma región, entre la ciudad y el campo, y entre una ciudad y otra— fue un mundo de amplia circulación de la cultura escrita. Junto a las inscripciones de índole harto diversa —desde los epígrafes oficiales hasta los *graffiti*—, circulaba una gran masa de productos escritos: carteles, exhibidos en los palacios y relativos

a exvotos o a campañas guerreras victoriosas; libelos y pasquines en verso o en prosa distribuidos en lugares públicos con fines polémicos y difamatorios, fichas con inscripciones, telas escritas, calendarios, “libros de reclamaciones”, cartas, mensajes; y hay que tener en cuenta, además, la documentación, civil y militar, y la engendrada por la praxis jurídica. Se trataba de una producción escrita inmensa, aunque atestiguada de manera directa o indirecta sólo en mínima parte.

En este panorama de capacidad más amplia para leer, y, por tanto, de mayor circulación de los productos escritos, surgió una creciente demanda de libros y lectura, que halló respuesta en un plano triple: la creación de bibliotecas públicas y el incremento de las privadas, al que sirvió de complemento el florecimiento de una tratadística orientada a guiar al lector en la selección y adquisición de libros; la producción y distribución de un tipo diverso de libro, el códice, más adecuado a las exigencias de aquellas capas sociales y a novedosas prácticas de la lectura.

Escasas son las noticias acerca de la función de las bibliotecas públicas como espacio de lectura en Roma. Desde luego, no eran bibliotecas reservadas como las helenísticas, sino que antes bien cabe hablar de “bibliotecas eruditas” en el sentido de que estaban abiertas a quien quisiera tener acceso a ellas, pero en realidad eran frecuentadas por un público de lectores de nivel medio/alto, el mismo, o casi, que solía disponer de bibliotecas privadas. Por eso mismo, la multiplicación de las bibliotecas puede relacionarse en cierta medida con determinadas exigencias crecientes de lectura. Las creadas por el *princeps* fueron, en su mayoría, monumentos conmemorativos destinados a conservar la memoria histórica (de hecho, hacían asimismo de archivos) y a seleccionar y codificar el patrimonio literario. Las bibliotecas públicas fueron enaltecidas por las fuerzas vivas patrocinadoras como lugares de esparcimiento culto de la vida urbana.

La selección operada por las bibliotecas públicas podía tal vez configurarse como verdadera y propia censura de textos no gratos al poder. Tal fue el caso de un autor como Ovidio. Pero la circulación entre sus contemporáneos y la trans-

misión de los textos ovidianos demuestran por otro lado hasta qué punto esas bibliotecas orientaron o condicionaron la elección de los lectores, los cuales en privado podían seguir teniendo acceso, hacerse copiar, leer o hacerse leer obras retiradas de la conservación pública (o censuradas de otro modo), fomentando la multiplicación de las copias y por ende la posibilidad de posterior supervivencia de esas obras¹⁶.

El incremento de las bibliotecas privadas dependía sin duda alguna de una expansión de las necesidades de lectura; y asimismo en los casos en que esas bibliotecas fueron vana ostentación de poder económico y de una cultura de fachada (recuérdense las compilaciones de libros por un nuevo rico como Trimalción de Petronio, o el ignorante que acumula libros puesto en ridículo por Luciano), indican que en el mundo de las representaciones de la sociedad grecorromana de entonces, libros y lectura formaban parte de las muestras de bienestar y de los comportamientos de una vida adinerada. Así, Trimalción abría un libro al azar y leía una frase; y el ignorante de Luciano estaba siempre con un libro en la mano, y era capaz de leer con gran soltura, aunque no captase gran cosa del sentido de lo escrito. Tratados de la época imperial hoy perdidos, pero de los que se tiene noticia, como entre otros *Conocer los libros* de Telefo de Pérgamo, *Sobre la elección y adquisición de libros* de Erennio Filón o *El bibliófilo* de Damófilo de Bitinia, estaban evidentemente encaminados a orientar al lector en la elección de los libros y de cómo ponerlos juntos en una colección. Lo cual lleva a creer, por otro lado, ya sea en una producción diversificada respecto a la del pasado o, especulando, en un público que ya no era de élite, y que por ende solía estar poco avezado o hallarse indeciso acerca de sus opciones.

Otra respuesta al aumento de la necesidad de lectura fue el surgimiento de nuevos textos. Se trató de una operación compleja. Y vuelve a ser Ovidio quien nos ofrece un testimonio:

¹⁶ Sobre toda la problemática inherente a la transmisión de los textos latinos en época más antigua, se remite al trabajo de O. Pecere, “I meccanismi della tradizione testuale”, en *Lo spazio letterario di Roma antica*, a cargo de G. Cavallo, P. Fedeli y A. Giardina, III, *La ricezione del testo*, Roma, 1990, pp. 297-386.

con la sensibilidad de un autor atentísimo a las variaciones, las exigencias y los cambios de humor de su público, el poeta, a los libros primero y segundo originales de su *Ars amandi*, les añadió un tercer libro destinado solamente a las mujeres. Las cuales, en la época imperial, se iban emancipando, y por lo menos algunas penetraron en el mundo de la palabra escrita y podían leer el *libellus* que Ovidio les destinaba. Vagamente anticipada en la Grecia clásica, fue quizá en aquella época del mundo antiguo cuando nació una verdadera y propia figura de la “lectora”. En otro aspecto, el propio Ovidio hace referencia a libros de contenido trivial, que enseñaban juegos de sociedad y maneras de entretenerse. Y si libros de ese género circulaban entre individuos instruidos, y hasta bastante cultos, existían pocos escritos destinados a un público más amplio e indiferenciado, a veces incluso de instrucción bastante escasa. Se trata de textos creados (o manipulados) para franjas de lectores nuevas e intelectualmente menos aguerridas.

A una demanda más extensa de lectura responde finalmente el códice, la forma libresca derivada del rollo, al que viene poco a poco a sustituir a partir del siglo II d.C., convirtiéndose en el libro preferido, por sus escritos, de los lectores cristianos. De hecho, esa demanda más amplia de lectura había determinado, sobre todo en la época de Cómodo y de los Severos, una separación entre la exigencia de textos nuevos —entre los cuales, los del cristianismo que avanzaba— y los mecanismos de producción y distribución de la lectura tradicional, la del rollo. Este último estaba ligado a una mano de obra servil, a talleres artesanos más o menos costosos y a un soporte material de lo escrito, el papiro, importado de Egipto. El éxito del códice —el libro “con páginas”— estaba asegurado por diversos factores: ante todo el menor coste, ya que el soporte material se utilizaba por ambas caras; fuera de Egipto, como soporte se empleaba por regla general el pergamino, producto animal que se podía preparar en cualquier sitio; la forma más práctica se prestaba mejor a una manufactura no profesional, a una distribución a través de canales nuevos, a una lectura más libre de movimientos, y a literaturas de referencia y de concentración intelectual (la cris-

tiana, la jurídica) que paso a paso fue prevaleciendo en la Antigüedad tardía.

Las transformaciones del libro y las de la práctica de la lectura no podían menos de correr parejas.

En la Edad Media: de la escritura monástica a la lectura escolástica

El códice se convirtió en el instrumento de paso a las maneras de leer medievales, con la salvedad, no obstante, de que —aparte de la tipología común del libro— la fractura entre prácticas antiguas y nuevas fue bastante más considerable en el Occidente latino que el Oriente griego. Ante todo, cabe subrayar un hecho: la centralidad que un libro conservaba en Bizancio. Epifanio le pregunta a san Andrés el Loco, su maestro: “Dime, por favor, ¿cómo y cuándo será el fin de este mundo?”. Y continúa: “¿Por qué signos se conocerá la demostración de que los tiempos se han acabado, y cómo desaparecerá nuestra ciudad, la nueva Jerusalén? ¿Qué será... de los libros?” (PG, III, 854 a). Ese testimonio, mucho más que cualquier otro, pone de relieve al libro como objeto e instrumento de la propia civilización de Bizancio. De ese modo permaneció viva durante toda la Edad Media una enseñanza pública y privada tanto inferior como superior; la enseñanza básica, confortada por la continuidad de una burocracia central y periférica, nunca decayó en la sociedad seglar, y de ese modo, cuantos ingresaban en las instituciones religiosas solían haber aprendido a leer y escribir fuera de estas últimas y antes de entrar en ellas; se conservan recintos de lectura y bibliotecas privadas; el libro siguió siendo una mercancía, producto de copistas-artesanos (a veces, también monjes) o de copistas por pasión; y por lo menos para uso litúrgico también se utilizó ampliamente el rollo, aunque con una disposición de la escritura diferente de la tipología clásica. Fenómeno significativo es que en Bizancio el modelo de la lectura siguió siendo el formulado muchos siglos atrás por Dionisio de Tracia, recogido en los comentarios bizantinos al gramático, que prescribía al lector —para cualquier libro— que con-

centrase la atención en el título, autor, intención, unidad, estructura y resultado de la obra, lo cual implicaba un orden en la lectura, un sondeo meditado¹⁷. E igualmente, en Bizancio se conservó el uso clásico, anteriormente grecorromano, de la lectura en alta voz, frente a la lectura murmurada y silenciosa del Occidente latino medieval: lectura en alta voz que aproximaba el discurso escrito al discurso hablado, predicado, proclamado. La herencia clásica y nunca caída en desuso de una lengua culta y con estructuras retóricas que luego se tornaron rígidas —la que se ha dado en llamar *archéologie culturelle* de Bizancio¹⁸— sirve de respuesta sólo parcial para explicar esa arqueología de las prácticas de lectura. Capítulo totalmente por escribir es la historia de la lectura en Bizancio y la nueva vara con la que cabe medir lo histórico de la cultura escrita.

Profunda, en cambio, fue la fractura en el Occidente latino. A la lectura del *otium* literario que en el mundo clásico tenía lugar más que nada en jardines y porches, y que echaba mano de plazas y calles urbanas como espacios de escrituras expuestas y de ocasiones de lectura, en el alto medioevo occidental pasaron a sustituirla las prácticas de lectura concentradas en los espacios cerrados de las iglesias, las celdas, los refectorios, los claustros y las escuelas religiosas, y algunas veces de las cortes señoriales: lectura desde luego limitada solamente a las Sagradas Escrituras y a textos de edificación espiritual. Ahora bien, dentro de los espacios eclesiásticos y monásticos florecieron *cármina* que ensalzaban libros, lecturas y bibliotecas; y así, una reflexión sobre estos *cármina* podría contribuir en buena medida a delimitar cuáles fueron en la alta Edad Media los modos de representación de la lectura. Y asimismo en el interior de esos espacios se encuentran las losas fune-

¹⁷ J. Diethart-Ch. Gastgeber, “Sechs eindringliche Hinweise für den byzantinischen Leser aus der Kommentarliteratur zu Dionysios Thrax”, en *Byzantinische Zeitschrift*, LXXXVI-LXXXVII (1993-1994), pp. 386-401.

¹⁸ E. Patlagean, “Discours écrit, discours parlé à Byzance”, en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, XXXIV (1979), pp. 264-278; artículo en el cual puede leerse una serie de agudas observaciones sobre la cultura escrita en Bizancio.

rarias con sus inscripciones, dirigidas por su naturaleza a un número bastante reducido de lectores, si bien la fórmula que muchas de ellas restituyen —“tú que lees...”— perpetúa sin solución de continuidad una tradición clásica, codificada, de “llamada al lector”, propia de un mundo —por entonces desaparecido— en el que abundaban las personas cultas.

Otro gran cambio que tuvo lugar en la Europa de la alta Edad Media fue el paso de la lectura en voz alta a la lectura silenciosa o murmurada. A ello contribuyeron varios factores: los libros se leían sobre todo para conocimiento de Dios y para la salvación del alma, por lo cual habían de ser entendidos, pensados, y hasta memorizados; el propio códice, con sus páginas que seccionaban el texto, facilitando las relecturas y las localizaciones, invitaba a una lectura meditada; la vida comunitaria de los recintos religiosos en los que se solía realizar el acto de la lectura obligaba a atenuar el tono de voz. Cambiaron el significado y la función del libro. Se leían pocos textos, aunque se escribían muchos, ya que la fatiga de transcribir era de por sí “una oración realizada no con la boca, sino con las manos” (Pedro el Venerable, *Epist.*, 1, 20). El libro, no siempre destinado a la lectura, se convierte más bien, además de en obra piadosa e instrumento de salvación, en un bien patrimonial, y en sus formas más hieráticas, valiosas y monumentales, pasa a ser símbolo de lo sagrado y del misterio de lo sacro.

No muchas eran las personas de cultura elevada que —como un Raterio, obispo de Verona— tenían “siempre la nariz [...] metida en un libro” (*Qualitatis coniectura*, 2); y en cambio, bien pocos eran por lo general los libros leídos, y los que se leían, lo eran sólo en determinadas ocasiones o periodos (la cuaresma, en el ámbito monástico), y la falta de ejercicio impedía una escansión rápida y segura de palabras y frases como requería una lectura sonora. Todo esto imponía una lectura silenciosa o como mucho murmurada, como el zumbido de una abeja. Consecuencia directa de ello fue una separación de las palabras, apta para una lectura que ya no respondía a un ritmo retórico de la frase; tanto el uso de convenciones gráficas, *litterae notabiliores*, signos distintivos que guiaban la vis-

ta entre las particiones del texto, como una práctica diversa de la puntuación y, por tanto, de los modos de señalarla que, al no estar ya encaminados a una lectura retórica, sirvieran para facilitar el entendimiento de lo escrito, o al menos un determinado entendimiento de lo escrito. Malcolm Parkes ha puesto sobradamente de relieve ese proceso en sus escritos.

Pero, así como en el mundo clásico existen testimonios, modos y episodios de lectura silenciosa, tampoco faltan en la Edad Media sobre lecturas sonoras: una lectura en alta voz de textos litúrgicos o de edificación se practicaba en la iglesia, en los refectorios de las comunidades, como ejercicio escolástico y hasta en ciertas formas de *lectio* monástica individual. A lectura en voz alta y pública parece también destinada cualquier narración histórica. Pero, si bien tanto una como otra modalidad fueron norma cada cual en su época, sea como fuere, quedaba excluida una dicotomía demasiado concreta. Además, siempre se practicaron formas intermedias de lectura susurrada o murmurada: recuérdese el *lepido susurro* con que Apuleyo, al comienzo de la obra, invita al lector a leer sus *Metamorfosis*; o la *ruminatio* del monje que leía mascullando las palabras en voz baja.

Los siglos entre el final del XI y el XIV marcaron un hito en la historia de la lectura. Renacieron las ciudades, y con ellas las escuelas, y las escuelas son sedes de libros. El objetivo fue siempre una difusión más amplia de la cultura básica, de un incremento de lo escrito en todos los niveles, de las diversas maneras y finalidades de uso del libro. Las prácticas de escritura y las de lectura, en cierto modo separadas en la alta Edad Media, pasaron a “sostenerse” recíprocamente, se convirtieron en mutuamente funcionales en un nexo orgánico e inseparable. Se leía para escribir, para la *compilatio*, que era el método peculiar de la composición de obras de la escolástica. Y se escribía con miras a la lectura.

Por tanto, se leía mucho y de manera diversa. La lectura no estaba ya encaminada al mero entendimiento de la letra escrita (*littera*); ese entendimiento constituía sólo el inicio, del que se había de pasar al significado (*sensus*) del texto, para alcanzar más adelante la sentencia (*sententia*), entendida como

doctrina en toda su profundidad¹⁹. A los libros y lectura cabía sobreentenderseles la *ratio*, la interlocutora del *de librorum copia* de Petrarca que castigaba la manía de amontonar inútilmente volúmenes y más volúmenes, y que trazaba las líneas de una teoría (y asimismo de una historia) de la lectura como práctica que debía “encerrar” los libros “en el cerebro”, no “en una estantería”²⁰. Tales eran los fundamentos de la *lectio* escolástico-universitaria, el modelo de lectura que penetró hondamente en lo escrito, devanó el comentario y distribuyó su autoridad.

Hecho para la lectura, el estudio, el comentario, la predicación, el libro, o mejor dicho la página escrita, pasó a asumir una tipología funcional para dichas prácticas. La escritura se transformó en una suma de compendios, con el fin de hacer más rápida la lectura; el espacio-página se dividió en dos columnas más bien estrechas, de modo que cada renglón entre en un campo visual unitario y por ende más fácil de captar; el texto se fraccionó en secuencias con el fin de facilitar la consulta y la comprensión. En resumen, así nació el libro como instrumento de labor intelectual, propuesto en sus diversos aspectos por el ensayo de Jacqueline Hamesse. En adelante, el libro pasó a utilizarse, y a ser la fuente de la cual se logran el saber o los saberes, no era ya depositario del mero conocimiento *rumiado* o simplemente conservado. Pero, fraccionada por los complicados dispositivos de la página escrita, la lectura no implicaba ya la totalidad del texto; pasó a limitarse a secciones particulares. A una lectura total, concentrada, repetitiva de pocos libros, vino a sustituirla una lectura “a bocados” de muchos libros, en una época —la de la escolástica— caracterizada por una inmensa multiplicación de los escritos y por la demanda de un saber extenso aunque fragmentario.

¹⁹ Fundamental acerca de las prácticas de lectura en aquella época es el ensayo de F. Alessio “Conservazioni e modelli di sapere nel medioevo”, en *La memoria del sapere. Forme di conservazione e strutture organizzative dall'antichità a oggi*, dir. por P. Rossi, Roma-Bari, 1988, pp. 99-133.

²⁰ Francesco Petrarca, *De remediis utriusque fortunae*, I, 43, ed. G. Contini, en *Mostra di codici petrarcheschi laurenziani*, Florencia, 1974, pp. 75-81 (exactamente, p. 79).

De los modestos dispositivos de subdivisión del texto y los textos como se encuentran en la alta Edad Media —confiados, por otro lado, no tanto a signos específicos sino más bien al adorno y al resalte cromático de las iniciales, párrafos realzados, ribetes y florones— se pasó a un sistema verdadero y propio de técnicas auxiliares de lectura y consulta del libro, contempladas en el *statim invenire, praesto habere, facilius occurrere*: rubricaciones, signos de parágrafo, titulación de los capítulos, subdivisión orgánica y correlativa entre texto y comentario, sumarios, concordancia de términos, más índices y tablas analíticas ordenadas alfabéticamente.

Al mismo tiempo se instauró un nuevo orden de los libros. Asimismo, nació en el siglo XIII, con las órdenes mendicantes, el modelo de biblioteca orientada no ya a la acumulación patrimonial, sino a la lectura; y nació un sistema bibliotecario que tenía por características un catálogo que ya no era mero inventario, sino un instrumento de consulta encaminado a señalar la colocación de los libros en una determinada biblioteca o hasta en un área geográfica, y el *memoriale*, una ficha en la que quedaban registrados los libros en préstamo. Bajo el perfil arquitectónico, esa biblioteca estaba constituida por una sala alargada, recorrida en su centro por un pasillo vacío y ocupada en las dos paredes laterales por dos series, dispuestas en filas paralelas, de bancos con los libros encadenados a estos últimos, pero ofrecidos a la lectura y el estudio. El plano era, sustancialmente, el mismo de la iglesia gótica; y era una coincidencia que iba mucho más allá del hecho puramente arquitectónico, ya que revestía la misma concepción mental que subtendía la cultura gótica. La biblioteca se salía del aislamiento monástico o del angosto espacio episcopal de las catedrales románicas, volviéndose urbana y amplia; y al igual que la iglesia, convertida en el escenario ofrecido de imágenes para disfrutar, ojivas y colores, también la biblioteca se presentaba como el escenario del libro, expuesto y disponible. El marco que definía ese nuevo modelo de biblioteca era el silencio: silencioso era el acceso al libro, tibiamente perturbado por el tintineo de la cadena que lo ata al banco; silenciosa era la búsqueda de autores y títulos en un catálogo que se podía consultar sin

ayuda; silenciosa, ya que se realizaba solamente con la vista, era la lectura al mismo tiempo individual y común.

Paul Saenger insiste en las consecuencias que, si bien no de manera inmediata, la lectura visual propiamente dicha y libre de cualquier interferencia tenía para los modos de uso del libro, para la formación de una conciencia crítica frente al texto escrito, para la elaboración del pensamiento, para las prácticas de devoción, para la disensión y hasta para el erotismo. Era el umbral de la Edad Moderna. Y la difusión de la cultura básica entre los seglares en los siglos XIII y XIV hizo que a la lectura escolástico-universitaria vinieran a añadirse otros modelos. En aquella época nacieron asimismo los libros en lengua vulgar, a veces escritos por el mismo lector-consumidor²¹. Aunque no le faltaban lectores de cultura oficial, el libro en lengua vernácula (o vulgar) circulaba sobre todo en manos de una “burguesía” seglar —mercaderes y artesanos— con instrucción más o menos sólida pero que ignoraba, o casi, el latín.

Otro modelo de lectura era el cortesano, propio de las aristocracias europeas eruditas, y a veces hasta altamente cultas. Los libros de las cortes señoriales eran en su mayoría libros de entretenimiento y de devoción, pero su función trascendía la de la mera lectura. Los libros servían además de adorno, eran signos de cortesanía, de civilidad, de vida exquisita; eran ostentaciones de riqueza y de fasto expresadas en el corrolato figurativo opulento o en las encuadernaciones con pieles valiosas, telas finas y metales preciosos; eran objetos que reclamaban, restituían y celebraban el esplendor del príncipe y su corte. Se formaron así, con ejemplares en su mayor parte encargados a libreros expertos o recibidos como regalo o procedentes de herencias, las bibliotecas señoriales, un tanto diferentes de las religiosas en cuanto a su contenido, formado por obras en lenguas vernáculas que cantaban hechos

²¹ Sobre ésta y otras cuestiones inherentes a la relación entre libro, lectura y público en los últimos siglos del medioevo, basta con remitir a A. Petrucci, “Il libro manoscritto”, en *Letteratura italiana Einaudi*, II, *Produzione e consumo*, Turín, 1983, pp. 499-524.

de armas y de amores, contaban relatos más o menos fantásticos, y “divulgaban” textos capitales de la tradición clásica; y constituido, en su parte latina, también por lecturas devocionales, biblias, libros de horas y breviarios. El Humanismo irrumpió en aquellas bibliotecas del siglo XV con sus libros de autores clásicos griegos y latinos, que fueron a colocarse junto a los modernos y a los libros de esparcimiento y devoción. Y el ritmo del tiempo libre de las cortes transcurrió también en esas lecturas, realizadas —más que en la biblioteca propiamente dicha— en las estancias dedicadas en la mansión señorial a la mera residencia, el recreo y el reposo.

Geografía contrastada de la lectura en la Edad Moderna

Entre los siglos XVI y XIX, la geografía de las prácticas de lectura en el mundo occidental está relacionada ante todo con las evoluciones históricas que inscriben los vínculos con la cultura escrita dentro de coyunturas de alfabetización, de opciones religiosas, de ritmos de industrialización harto dispares entre sí. Esas diferencias trazan unas fronteras sólidas y duraderas: entre una Europa tempranamente alfabetizada y otra que tardó bastante más, entre los países que permanecieron católicos y aquellos en los que arraigó la Reforma, y entre las zonas en que cuajó precozmente un desarrollo y las que siguieron mucho tiempo dominadas por una economía tradicional. Esas diferencias tienen su reflejo en los regímenes de censura, en la actividad editorial, en el comercio de librería y el mercado del libro. Se echan de ver asimismo en los desajustes que caracterizaron a las “revoluciones” en la lectura: la que, entre la Edad Media y los comienzos de la Moderna, hizo de la lectura en silencio y mediante los ojos una norma interiorizada y una práctica común; y la que, entre los siglos XVIII y XIX, familiarizó a los lectores con una producción impresa más numerosa, más accesible y acogedora para nuevas fórmulas editoriales.

Esas diferencias geográficas en la historia de la lectura se reflejan asimismo en las fuentes disponibles. Cierto es que casi por todas partes existen varias series documentales. Por

ejemplo, los inventarios por fallecimiento permiten compulsar la desigual presencia del libro, así como la composición de las bibliotecas privadas. O los catálogos de libreros y los de subastas de bibliotecas, que ayudan a dar idea de la oferta de lectura. O los reglamentos y catálogos de instituciones que, a partir del siglo XVIII, autorizan la lectura sin opción a compra: por un lado, librerías de préstamo (*circulating libraries, cabinets littéraires, leibbibliotheken*) y por otro las sociedades de lectura (*book clubs* o *subscription libraries, chambres de lecture, lesegesellschaften*). O por último, las listas de suscriptores, que indican los protectores declarados y los lectores en potencia de una obra en particular.

En la trama común de esos archivos en masa y en serie, las posibilidades de conocer más íntimamente la circulación de los libros o la práctica de la lectura difieren bastante según las situaciones nacionales. En el ámbito mediterráneo y sus prolongaciones coloniales, los interrogatorios llevados a cabo por los inquisidores recogían las declaraciones de los reos en cuanto a los libros que habían leído, la manera en que les llegaron a las manos y, lo que era más importante, el modo en que los habían entendido. En los países de la Europa nórdica y en las colonias inglesas de América es donde cabe buscar las confesiones de lectores ordinarios acerca de sus lecturas: en las autobiografías espirituales exigidas por las sectas protestantes puritana o pietista; en los relatos vitales basados en una trayectoria personal que abarca un abanico que va desde el menosprecio a los humildes a una cultura erudita; en los libros de cuenta y razón, los diarios y las memorias que no son sólo patrimonio de los notables y los hombres de letras, o asimismo —casos más excepcionales— en las cartas que algunos lectores dirigieron a los autores o los editores.

En cada ámbito nacional, lingüístico o cultural, las prácticas de lectura constituyen, por tanto, el centro de un proceso histórico esencial. En Italia, en España, en Portugal y también en Francia, si bien sin Inquisición, los lectores se temían, o se veían obligados a soslayar, las censuras de la Iglesia y los Estados que pretendían poner trabas a la difusión de

ideas consideradas peligrosas para la autoridad católica y para los soberanos absolutos. En Alemania, una nueva manera de leer, caracterizada como una *Leserevolution*, se asoció en la segunda mitad del siglo XVIII a la difusión en profundidad de la *Aufklärung* (la Ilustración) y a la constitución de un nuevo espacio público. En Inglaterra, la revolución industrial desarraigó las prácticas tradicionales y a la vez propició, con el tiempo, tanto la aparición de nuevas categorías de lectores como la instauración de un nuevo mercado de lo impreso. A cada paso, la historia de los modos de leer nos permite enfocar de manera nueva y original un rasgo constitutivo de la historia y la identidad nacionales: el peso de las prohibiciones impuestas por la Contrarreforma católica, las formas propias de la Ilustración alemana, la construcción de las relaciones entre las clases (y entre los sexos) en las sociedades protestantes de Inglaterra y de la América anglosajona.

Revoluciones

La primera transformación que afectó a las prácticas de lectura en la Edad Moderna fue meramente técnica: revolucionó desde mediados del siglo XV los modos de reproducción de los textos y de elaboración del libro. Con el tipo móvil y la prensa de imprimir, la copia manuscrita dejó de ser el único recurso disponible para asegurarse la multiplicación y circulación de los textos. Debido a que rebajaba de manera considerable los costes de elaboración del libro, al dividirse para fijar el precio por la totalidad de ejemplares de una tirada, y debido a que acortaba los tiempos de fabricación, que en tiempos de los manuscritos seguían siendo largos, pese a la invención de los *pecia* y la división del libro que se deseaba copiar en cuadernillos separados, el invento de Gutenberg permitió la circulación de los textos a una velocidad y en una cantidad anteriormente imposibles. Cada lector podía tener acceso a mayor número de libros; cada libro podía llegar a un número mayor de lectores. Además, la imprenta permitía la reproducción idéntica de los textos (o casi, debido a las eventuales correcciones durante la tirada), en mayor número de ejem-

plares, lo cual transformaba las condiciones mismas de su transmisión y recepción.

¿Cabe, por consiguiente, considerar que la invención y difusión de la imprenta entrañaron en sí una revolución fundamental de la lectura? Posiblemente no, y por varias razones. En primer lugar, resulta evidente que, en sus estructuras esenciales, el libro no se vio trastornado por las nuevas técnicas. Hasta por lo menos los comienzos del siglo XVI, el libro impreso siguió dependiendo del manuscrito, cuyas características de compaginación, tipo de letra y apariencias imitaba. Igual que el manuscrito, tenía que ser rematado mediante la intervención de varias manos: la del iluminador que pintaba las miniaturas y las iniciales, ya fueran simplemente adornadas o historiadadas; la mano del corrector, o *emendator*, que añadía las marcas de puntuación, las rúbricas y los títulos; y por último la mano del lector, que añadía en la página signos, notas e indicaciones marginales.

Pero más allá de esa dependencia directa, el libro, tanto antes como después de Gutenberg, era un objeto semejante a sí mismo, formado por diversos folios plegados, unidos en cuadernillos y reunidos bajo una misma cubierta o tapas de encuadernación. Por tanto, no es extraño que todos los sistemas de localización que con evidente ligereza se han asociado a la imprenta le sean muy anteriores y con bastante diferencia. Eso sucede con los signos que, como las firmas y otras marcas, están destinados a permitir que los cuadernillos se juntasen en su debido orden. Lo mismo que con las señales destinadas a ayudar a la lectura: al numerar los cuadernillos, las columnas o las líneas; al hacer que fueran visibles las divisiones de la página (mediante la utilización de las iniciales adornadas, de las rúbricas, de las letras marginales); al instituir una relación analítica, y no solamente espacial, entre el texto y sus glosas; al resaltar mediante la diferencia de tamaño de los tipos o el color de las tintas la distinción entre el texto comentado y sus comentarios. Gracias a su disposición en cuadernillos y a su clara compaginación, al *codex* (códice), manuscrito o impreso, se le podían fácilmente confeccionar índices. Por consiguiente, las concordancias, las tablas alfa-

béticas y los índices sistemáticos se generalizaron ya en tiempos de los manuscritos, y en los *scriptoria* monásticos y las covachuelas fue donde se inventaron esas modalidades de organización del material escrito, luego recogidas por los impresores.

Asimismo, en los últimos siglos del libro copiado a mano se instauró una jerarquización duradera de los formatos, que distinguía entre el gran en folio, el *libro da banco*, que tenía que ser apoyado para ser leído y que era el libro universitario y de estudio; el libro humanista, más manejable en su formato mediano y que permitía leer los textos clásicos y las novedades; y por último, el *libellus*, el libro portátil, de bolsillo o de cabecera, de uso múltiple y de lectores más numerosos o menos pudientes. El libro impreso fue heredero directo de esa división en la que iban asociados el formato del libro, el género del texto, el momento y el modo de lectura.

Hay una razón más para subrayar la continuidad entre *print culture* y *scribal culture*. La invención de la imprenta no ejerció una influencia decisiva en el largo proceso que hizo pasar a un número creciente de lectores de una lectura necesariamente oralizada, indispensable para la comprensión del sentido, a una lectura posiblemente silenciosa y visual. Como demuestra Paul Saenger, si bien ya en la Antigüedad clásica griega y romana coexistían ambas modalidades, fue durante una larga Edad Media cuando la posibilidad de leer en silencio, reservada en un principio a los ámbitos de los escribas monásticos, se fue extendiendo a los círculos universitarios antes de convertirse, en los siglos XIV y XV, en una práctica común entre las élites seculares y doctas. Esa trayectoria prosiguió después de Gutenberg, inculcando de modo progresivo entre los lectores más populares una manera de leer que no suponía ya la oralización. Una prueba *a contrario* viene dada por la situación de las sociedades occidentales de entonces, donde la categoría de “analfabetismo” no sólo designaba a la parte de la población que era totalmente analfabeta, sino de manera más amplia a los lectores todavía abundantes que no podían entender un texto más que leyéndolo en voz alta.

La primera “revolución de la lectura” de la Edad Moderna fue, pues, totalmente independiente de la revolución téc-

nica que en el siglo XV modificó la producción del libro. Arraigó sin duda más hondo en la mutación que en los siglos XII y XIII transformó la función misma de lo escrito, cuando al modelo monástico de escritura, que asignaba a lo escrito un cometido de conservación y memorización grandemente dissociada de toda lectura, le sucedió el modelo escolástico de la escritura que transformó al libro en objeto y a la vez en instrumento de la labor intelectual. Sea cual fuere su origen, la oposición entre lectura necesariamente oralizada y lectura posiblemente silenciosa marca un corte capital. Porque la lectura silenciosa instauró un comercio con lo escrito que podía ser más libre, más secreto, más interior. Permitted una lectura rápida y hábil que no fue derrotada ni por las complejidades de organización de la página ni por las relaciones múltiples establecidas entre los discursos y las glosas, las citas y los comentarios, los textos y los índices. Autorizaba asimismo utilizaciones diferenciadas del mismo libro, leído en alta voz, para los demás o con los demás, cuando la sociabilidad o el ritual lo exigían, y leído en silencio, para uno mismo, en el retiro del gabinete, de la biblioteca o del oratorio. Por consiguiente, la revolución en el leer fue anterior a la del libro, puesto que la posibilidad de lectura en silencio fue muy anterior a mediados del siglo XV, por lo menos para los lectores cultos, clérigos de iglesia o notables seglares. Su nuevo modo de considerar y manejar lo escrito no ha de ser, por consiguiente, imputado de manera demasiado apresurada únicamente a la innovación técnica (el invento de la imprenta).

Lo mismo sucede, con toda evidencia, cuando la segunda “revolución de la lectura” de la Edad Moderna, acaecida antes de la industrialización de la fabricación de lo impreso. Según una tesis clásica, en la segunda mitad del siglo XVIII, a la lectura “intensiva” le sucedió otra, calificada de “extensiva”. El lector “intensivo” se enfrentaba a un *corpus* limitado y cerrado de libros, leídos y releídos, memorizados y recitados, escuchados y aprendidos de memoria, transmitidos de generación en generación. Los textos religiosos, y en primer lugar la Biblia en tierras de la Reforma, eran objetos privilegiados de esa lectura fuertemente imbuida de sacralidad y de

autoridad. El lector “extensivo”, el de la *Lesewut*, la “rabia de leer” que se apoderó de Alemania en tiempos de Goethe, fue un lector hartado diferente: consumía numerosos, diversos y efímeros impresos; los leía con rapidez y avidez; los sometía a un examen crítico que no sustraía ya a ningún terreno a la duda metódica. De ese modo, una relación comunitaria y respetuosa con lo escrito, imbuida de reverencia y obediencia, fue cediendo el paso a una lectura libre, desenvuelta e irreverente.

Discutible, la tesis ha sido discutida. Muchos eran, en efecto, los lectores “extensivos” en tiempos de la lectura “intensiva”. Pensemos en las letras humanistas. Los dos objetos emblemáticos de su manera de leer fueron la rueda de libros que permitía leer varios a la vez, y el cuaderno de lugares comunes que recibía en sus diversas rúbricas las citas, informaciones y observaciones recogidas por el lector. Ambos indicaban una práctica culta que acumulaba lecturas, que procedía mediante extractos, desplazamientos y acercamientos y que, para los más ilustrados, era el soporte de la crítica filológica.

Por otro lado, fue en el momento mismo de la “revolución de la lectura” cuando, con Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre, Goethe o Richardson, se desplegó la más “intensiva” de las lecturas, aquella mediante la cual la novela se apoderó de su lector, le vinculó a su letra y le gobernó como anteriormente lo hacía el texto religioso. La lectura de *La Nueva Heloísa*, de *Pablo y Virginia*, de *Las tribulaciones del joven Werther* o de *Pamela* desplaza hacia una forma literaria inédita ciertos gestos antiguos. La novela se releía constantemente, se aprendía de memoria, se citaba y recitaba. Su lector quedaba invadido por un texto en el que habitaba; se identificaba con los personajes y descifraba su propia vida a través de las ficciones de la intriga. En esa “lectura intensiva” de nuevo cuño se encontraba empeñada toda la sensibilidad. El lector (que con harta frecuencia era una lectora) no podía contener ni su emoción ni sus lágrimas; trastornado, empuñaba la pluma para manifestar sus sentimientos y, sobre todo, para escribir al escritor que, mediante su obra, pasaba a convertirse en un verdadero director de conciencia y de existencia.

Pero los lectores de novelas no eran los únicos lectores “intensivos” en tiempos de la “revolución de la lectura”. La lectura de los más numerosos y los más humildes, alimentada por los títulos que le brindaban los vendedores ambulantes, seguía gobernada por las costumbres antiguas. El recurso frecuente a los *chapbooks*, la *Bibliothèque bleue* o a la *literatura de cordel* tenía de modo duradero los rasgos de una práctica rara y difícil, que suponía la escucha y la memorización. Los textos que integraban el repertorio de la literatura ambulante eran objeto de una apropiación basada en el reconocimiento (de géneros, obras y motivos), más que en el descubrimiento de lo inédito y que seguía siendo ajena a lo que esperaban los lectores apresurados, insaciables y escépticos.

Esos testimonios nos llevan a poner en tela de juicio el que hubiera una oposición demasiado simple y tajante entre dos estilos de lectura. Pero no invalidan, según Reinhard Wittmann, el diagnóstico que sitúa en la segunda mitad del siglo XVIII una de las revoluciones de la lectura. Sus pilares están bien localizados en Inglaterra, Alemania y Francia: por ejemplo, el incremento de la producción bibliográfica, que se triplicó y hasta cuadruplicó entre comienzos del siglo y la década de 1780; la multiplicación rápida de los periódicos, el triunfo de los pequeños formatos, el abaratamiento del precio del libro debido a las reproducciones fraudulentas, la proliferación de instituciones que permitían leer sin comprar, sociedades de lectura por un lado y bibliotecas circulantes por otro. El motivo tan repetido a finales del siglo por los pintores y los escritores de una lectura campesina, patriarcal y bíblica realizada durante la velada por el cabeza de familia que leía en alta voz para todos los integrantes de la casa reunidos en asamblea expresaba la pena por una lectura perdida. En esa representación ideal de la existencia campesina, grata a la élite culta, la lectura comunitaria significaba un mundo en el que se reverenciaba el libro y se respetaba la autoridad. Mediante esa figura mítica, lo que se denunciaba eran, con toda evidencia, los gestos ordinarios de una lectura opuesta, ciudadana, descuidada y desenvuelta. Descrito como un peligro para el orden político, como un “narcótico” (así lo denominaba Fichte) que

desviaba de las verdaderas Luces, o como un desenfreno de la imaginación y los sentidos, el “furor de leer” llamó la atención de todos los observadores contemporáneos. Desempeñó sin lugar a dudas un cometido esencial en la indiferencia que, por doquier en Europa y muy particularmente en Francia, alejó a los súbditos de su príncipe, y a los cristianos de sus iglesias.

La transmisión electrónica de los textos y las maneras de leer que impone representan, en nuestros días, la tercera revolución de la lectura sobrevinida desde la Edad Media. Porque, desde luego, leer en una pantalla no es lo mismo que leer en un códice. La nueva representación de lo escrito modifica, en primer lugar, la noción de contexto, sustituyendo la contigüidad física entre unos textos presentes en un mismo objeto (un libro, una revista, un periódico) por su posición y distribución en unas arquitecturas lógicas, las que gobiernan las bases de datos, los ficheros electrónicos, los repertorios y las palabras clave que posibilitan el acceso a la información. Asimismo, redefine la “materialidad” de las obras al romper el vínculo físico que existía entre el objeto impreso (o manuscrito) y el texto o los textos que contenía, y proporcionando al lector, y no ya al autor o al editor, el dominio sobre el desglose o la presentación del texto que ofrece en la pantalla. Por tanto, lo que se halla totalmente transformado es todo el sistema de identificación y de manejo de los textos. Al leer en una pantalla, el lector de hoy —y más aún el de mañana— recobra algo de la postura del lector de la Antigüedad clásica que leía un *volumen*, un rollo. Pero, con el ordenador (y la diferencia no es nada despreciable), el texto se despliega en vertical, y está dotado de todas las características propias del códice: paginación, índices, tablas, etc. El cruce de ambas lógicas que obran a la par en la lectura de los soportes precedentes del escrito, manuscrito o impreso (el *volumen* o el códice) indica con toda claridad que se halla establecida una relación con el texto enteramente original e inédita.

Esa relación forma parte de una reorganización completa de la “economía de la escritura”. Al asegurar una posible simultaneidad a la producción, la transmisión y la lectura de un mis-

mo texto, y al reunir en un mismo individuo las tareas, hasta ahora distintas, de la escritura, la edición y la distribución, la representación electrónica de los textos anula las distinciones antiguas que separaban los cometidos intelectuales y las funciones sociales. De resultas, obliga a redefinir todas las categorías que, hasta ahora, formaban parte de lo esperado y percibido por los lectores. Eso ocurre con los conceptos jurídicos que definen el estatuto de la escritura (*copyright*, propiedad literaria, derechos de autor, etc.), con las categorías estéticas que, desde el siglo XVIII, caracterizan a las obras (integridad, estabilidad, originalidad) o con las nociones reglamentarias (depósito legal, biblioteca nacional) y biblioteconómicas (catálogo, clasificación, descripción bibliográfica) que fueron pensados para otra modalidad de la producción, la conservación y la comunicación de lo escrito.

En el mundo de los textos electrónicos, dos restricciones, consideradas desde siempre como imperiosas, pueden ser anuladas. La primera es la que limita de modo estricto las posibles intervenciones del lector en el libro. Desde el siglo XVI, es decir, desde el tiempo en que el impresor tomó a su cargo los signos, las marcas y los títulos que, en la época de los incunables, eran añadidos a mano por el corrector o el poseedor del libro, el lector no puede insinuar su escritura más que en los espacios vírgenes de la obra. El objeto impreso le impone su forma, su estructura y sus espacios. No supone en modo alguno la participación material, física, de quien lo lee. Si el lector pretende, de todos modos, insinuar su presencia en el objeto, no puede hacerlo más que ocupando, de manera subrepticia, los lugares del libro desdeñados por la composición tipográfica: interiores de la encuadernación, hojas dejadas en blanco, márgenes del texto, etc.

Muy diferente es lo que sucede con el texto electrónico. No sólo puede el lector someter sus textos a múltiples operaciones (puede confeccionarles índices, anotarlos, copiarlos, desplazarlos, recomponerlos, etc.); más aún, puede convertirse en su coautor. La distinción, visible de inmediato en el libro impreso, entre la escritura y la lectura, entre el autor del texto y el lector del libro, se borra en provecho de una rea-

lidad diferente: el lector ante la pantalla se convierte en uno de los actores de una escritura a varias manos o, por lo menos, se halla en posición de constituir un texto nuevo a partir de fragmentos libremente cortados y conjuntados. Igual que el propietario de manuscritos que podía reunir en una misma compilación, un *libro-zibaldone*, obras de naturaleza harto diversa, el lector de la era electrónica puede construir a su guisa conjuntos textuales originales cuya existencia, organización y apariencia solamente dependen de él. Pero, además, puede en cualquier momento intervenir en los textos, modificarlos, reescribirlos, hacerlos suyos. Así pues, toda la relación con lo escrito se encuentra trastocada.

Tanto más cuanto que el texto electrónico autoriza, por vez primera, abolir otra restricción. Desde la Antigüedad clásica, los hombres de Occidente han estado obsesionados por la contradicción entre, por un lado, el ensueño de una biblioteca universal, que reuniría todos los textos escritos desde el comienzo, todos los libros publicados desde siempre y, por otro lado, la realidad, forzosamente decepcionante, de las bibliotecas reales que, por muy grandes que sean, no pueden ofrecer más que una imagen parcial, con lagunas, mutilada, del saber universal. El Occidente ha brindado dos figuras ejemplares y míticas a esa nostalgia de la exhaustividad imposible y deseada: la biblioteca de Alejandría y la de Babel. La electrónica, que permite la comunicación de textos a distancia, anula la distinción, hasta ahora imborrable, entre el lugar del texto y el lugar del lector. Torna pensable y prometido el sueño antiguo. Desligado de sus materialidades y sus localizaciones antiguas, el texto en su representación electrónica puede en teoría llegar a cualquier lector en cualquier lugar. Suponiendo que todos los textos existentes, manuscritos o impresos, se convirtieran en textos electrónicos, con ello se volvería posible la disponibilidad universal del patrimonio escrito. Sin importar dónde se encuentre, y con la única condición de que se halle ante un puesto de lectura conectado a la red que asegure la distribución de los documentos informatizados, todo lector podrá consultar, leer y estudiar cualquier texto, sin tener en cuenta su forma y localización originales.

Como demuestra Armando Petrucci, la lectura tradicional, en nuestro mundo contemporáneo, tropieza conjuntamente con la competencia de la imagen y con la amenaza de perder los repertorios, los códigos y los comportamientos que inculcaban las normas escolares o sociales. A esa primera “crisis” viene a añadirse otra, todavía minoritaria y desigualmente sensible según los países: la que transforma el soporte de lo escrito y que, por ello, obliga al lector a nuevos gestos, a nuevas prácticas intelectuales. Del códice a la pantalla, el paso ha sido tan gigantesco como el que llevó del rollo al códice. Con la pantalla, lo que se halla en candelero es el orden mismo de los libros, que fue el de los hombres y las mujeres de Occidente desde los primeros siglos de la era cristiana. Con ella se afirman o se imponen nuevas maneras de leer que todavía no es posible caracterizar por completo pero que, sin que quede duda alguna, entrañan unas prácticas de lectura sin precedentes.

Tipología

La historia de la lectura, marcada por los hitos de las tres revoluciones que han transformado las prácticas entre la Edad Media y el siglo XX, pone de relieve algunos modelos capitales que fueron sucesivamente dominantes. El primero de ellos, analizado en este libro por Anthony Grafton, puede calificarse de “humanista”: caracteriza las lecturas eruditas de tiempos renacentistas partiendo de una técnica intelectual específica, la de los “tópicos”.

Dos objetos son, conjuntamente, los soportes y símbolos de esa manera de leer. El primero era la rueda de libros. Su existencia era antigua, pero los ingenios del Renacimiento se esforzaron por perfeccionarla gracias a los progresos de la mecánica. Movida por una serie de engranajes, la rueda de libros le permitía al lector hacer que simultáneamente aparecieran ante su vista varios libros abiertos, dispuestos en cada uno de los pupitres de que disponía el aparato. La lectura que autorizaba ese instrumento era una lectura de varios libros a la vez. El lector que la realizaba era un lector que con-

frontaba, comparaba, cotejaba los textos, que los leía para extraer de ellos citas y ejemplos, y los anotaba con el fin de localizar y recoger en índices más fácilmente los pasajes que retuvieran su atención.

El cuaderno de tópicos era el segundo objeto emblemático de la lectura humanista. Se trataba de un instrumento pedagógico que cada escolar o estudiante tenía que llevar, y a la vez de un acompañamiento indispensable para la lectura culta. Aprendiz o experto, el lector copiaba en unos cuaderillos organizados por temas y rúbricas ciertos fragmentos de los textos que había leído, destacados por su interés gramatical, su contenido factual o su ejemplaridad demostrativa. Compuestos partiendo de las lecturas, los cuadernos de tópicos, que sustituían a las técnicas antiguas de las artes de la memoria, podían a su vez convertirse en un recurso para la producción de nuevos textos. La abundancia de materias que contenían, y que llevaban a que coexistieran las citas textuales con cosas vistas, hechos observados y ejemplos leídos, alimentaba el ideal retórico de la *copia verborum ac rerum* necesaria para toda argumentación. Productos de la lectura culta, los cuadernos de tópicos constituían en el siglo XVI un verdadero género editorial, puesto que autores prestigiosos (Erasmus, Melanchton) y libreros-editores los multiplicaban y los especializaban, acumulando obras utilizables en derecho, pedagogía y teología.

La lectura que caracterizaba la técnica de los tópicos tenía sus especialistas: aquellos lectores “profesionales” empleados por las familias aristocráticas para acompañar a sus vástagos en los estudios, o para asumir junto a sus padres los cometidos múltiples de secretario, lector en alta voz y, según el término de Anthony Grafton y Lisa Jardine, de *facilitator*. Les incumbía, en efecto, el componer los epítomes y los compendios, las compilaciones de citas y de extractos que tenían que ayudar a su amo o su protector aristocrático en la lectura de los clásicos necesarios para su rango o su cargo. Pero, aparte de esos “profesionales”, que solían ser antiguos graduados o profesores universitarios, la lectura basada en el método de los tópicos era compartida por todas las personas cultas. El ejemplo de Jean Bodin es totalmente digno de destacar. Por un

lado, recomendaba a quien deseaba aprender historia que llevase simultáneamente tres cuadernos en los que irían consignando las materias humanas, los acontecimientos naturales y las cosas divinas. Por otro lado, parece ser que él mismo practicó esa técnica, ya que el libro que publicó en 1596, *Universae Naturae Theatrum*, está todo él construido partiendo de la acumulación, para cada cuestión tratada, de citas, observaciones e informaciones organizadas a modo de compilación de tópicos. Así es, en todo caso, como se ha leído el libro, según lo atestiguan las anotaciones marginales encontradas en determinados ejemplares, que asignan los pasajes distinguidos a las diversas rúbricas de una nomenclatura de tópicos.

Escasos fueron en el Renacimiento los lectores cultos que se apartaron de ese modelo dominante. Montaigne estuvo entre ellos. Sus gestos de lector se oponían término por término a los lectores eruditos: al leer, no llevaba ningún cuaderno de tópicos, negándose a copiar y compilar; no anotaba los libros que leía para localizar extractos y citas, sino que en la propia obra hacía figurar un juicio de conjunto; y además no utilizó, para redactar sus *Essais*, repertorios de tópicos, sino que compuso libremente, sin enredarse en recuerdos de lectura y sin interrumpir el encadenamiento de su pensamiento con referencias librescas. Montaigne fue, por consiguiente, un lector singular que rechazó reglas y posturas de la lectura de estudio: no leyó nunca de noche, ni sentado; leyó sin método, y su biblioteca, lejos de ser aquel recurso abierto y movilizable que era toda gran biblioteca humanista, constituía un lugar privilegiado de retiro lejos del mundanal ruido. Nada pone mejor de relieve la peculiaridad de dicha práctica y, a contrario, la fuerza dominante del modelo al que se oponía, como los esfuerzos encaminados a someter la particularidad de los *Essais* a una división por tópicos (*loci communes*) o a una reorganización temática que permitiera una lectura más cómoda al lector que deseara sacar de su texto extractos y ejemplos. La irreductible originalidad de Montaigne se percibe mejor cuando se la coteja con las convenciones y costumbres que gobernaban la lectura erudita en el Renacimiento.

Las reformas religiosas de los siglos XVI y XVII instauraron en Occidente un segundo gran modelo de la lectura. Como demuestran las contribuciones de Jean-François Gilmont y Dominique Julia, la difusión en gran escala de un *corpus* nuevo de textos cristianos modificó hondamente la relación de los fieles con la cultura escrita. Se establecieron nuevas particiones que respetaban bien poco la división historiográfica clásica entre protestantismo y catolicismo. La oposición que suele darse por sentada entre el protestantismo considerado como una religión de lo escrito, basada en la lectura personal del texto bíblico, y el catolicismo como religión de la palabra y de la escucha, y por ende de la mediación clerical, hoy ya no es de recibo.

Por un lado, por ambas partes de la frontera confesional, son idénticos los dispositivos de proscripción y prescripción que apuntan a encaminar a los fieles de modo exclusivo hacia los textos autorizados. Ciertamente es que las mismas prohibiciones no tienen en todas partes los mismos rigores ni las mismas bases documentales: recuérdese el papel desempeñado en la Iglesia romana por los índices de libros prohibidos y las condenas emanadas de los tribunales de la Inquisición. Pero todas las Iglesias se han esforzado por transformar a los cristianos en lectores y por apoyar mediante una producción multiplicada de libros de enseñanza, devoción y liturgia los gestos nuevos exigidos por la reforma religiosa. La lectura, en su definición espiritual y devota, pasó de ese modo a estar gobernada por entero por su relación con Dios. Carecía de un fin en sí: tenía que alimentar la existencia cristiana de los fieles, conducidos más allá del libro por el libro mismo, y llevados mediante el desciframiento, el comentario y la meditación de los textos a la singular experiencia de lo sagrado.

En otro aspecto, el contraste mayor en materia de lectura cristiana parece haberse instaurado entre el luteranismo y el catolicismo, por una parte, y por otra los protestantismos reformados, calvinista y pietista. El luteranismo, por lo menos hasta finales del siglo XVII, no era una religión basada en la lectura individual de la Biblia, como tampoco lo era el catolicismo romano. En la Alemania luterana, y asimismo

en la Europa nórdica, la Biblia era un libro de la parroquia, de pastores y de candidatos al ministerio, que no convenía confiar a quienes podían efectuar lecturas heterodoxas y peligrosas. A ello se debe, en tierras luteranas y católicas, el cometido esencial de la palabra clerical y el de todos los libros encaminados a indicar la correcta interpretación de las Escrituras. Los catecismos, los salterios, los relatos bíblicos (que son meras reescrituras del propio texto bíblico) constituyen el material privilegiado de esa mediación de la lectura, material por cierto bastante semejante a ambos lados de la frontera confesional.

En cambio, en las tierras donde se ha asentado el calvinismo y el puritanismo, la consulta personal y familiar del texto bíblico ha engendrado unas prácticas de lectura harto diferentes. La relación directa, sin intercesiones, entre los fieles y la Palabra sagrada convierte el trato frecuente con la Biblia en una experiencia espiritual fundamental, y erige la lectura del texto sagrado en modelo de todas las lecturas posibles. Realizada en silencio para sí mismo o en alta voz a la familia reunida, o practicada tanto en el fuero interno como en la iglesia, y presente en cada momento de la existencia, la lectura de la Biblia define una relación con lo escrito que reviste una singular intensidad. Ese modelo original de lectura, que puede ser considerado como la forma perfecta de la “lectura intensiva”, gobierna todas las lecturas, tanto religiosas como seculares, de las comunidades calvinistas, puritanas y, a partir de las últimas décadas del siglo XVIII las pietistas, con la segunda Reforma.

La historia de las prácticas de lectura conduce, por tanto, a dejar un poco a un lado la oposición demasiado simple trazada entre protestantismo y catolicismo, en beneficio de llamar la atención tanto sobre las proximidades entre la Iglesia romana y la religión luterana que durante mucho tiempo han pasado desapercibidas, como sobre las diferencias duraderas en el seno mismo de la Reforma. Esa historia permite igualmente inscribir en las sociedades occidentales, en contrapunto con los modelos cristianos dominantes —por ejemplo, las de las comunidades judías analizadas aquí por Robert Bonfil—. Además de los evidentes contrastes en las relacio-

nes con lo escrito, lo que ponían de manifiesto esas lecturas minoritarias, a veces prohibidas y castigadas (pensemos en el ejemplo español), era una apropiación encubierta de los textos que reconstruía una tradición y una religión a partir de fragmentos encontrados en las obras cristianas que condenaban las propuestas heréticas. Y aparte incluso de las comunidades judías, esas lecturas “en hueco”, que descifran los textos para hallar justamente en ellos lo que ellos mismos intentaban censurar y hacer olvidar, constituían una práctica de defensa para todos los lectores (protestantes en tierras de Contrarreforma, católicos en países reformados, espíritus rebeldes en régimen de absolutismo, etc.) que un orden dominante se esforzaba por alejar de las obras que nadie debía leer.

Con el incremento general de la cultura básica, el ingreso en la cultura escrita impresa de nuevas clases de lectores (mujeres, niños, obreros) y la diversificación de la producción impresa, el siglo XIX (objeto aquí del estudio de Martyn Lyons) conoció una gran dispersión de los modelos de lectura. Fuerte es el contraste entre la imposición de normas escolares que por todas partes tendían a definir un ideal único, controlado y codificado, de la lectura legítima y, por otro lado, la extrema diversidad de las prácticas propias de cada comunidad de lectores, ya estuviera anteriormente familiarizada con lo escrito o fuera una recién llegada al mundo de lo impreso. Verdad es que no todos los lectores de los Antiguos Regímenes occidentales leían de la misma manera, y grande era la diferencia entre los más virtuosos de entre ellos, lectores por herencia, por profesión o por costumbre, y los más torpes, lectores de la “literatura de cordel”. Pero con el acceso de casi todos a la capacidad de leer, tal como lo estableció en el siglo XIX en la Europa más desarrollada el acceso a lo escrito, a través de la escuela y fuera de ella, la fragmentación de las maneras de leer y de los mercados del libro (o del periódico) instauró, tras las apariencias de una cultura compartida, una extremada fragmentación de las prácticas. La tipología de los modelos dominantes de las relaciones con lo escrito tales como se han sucedido desde la Edad Media (desde el modelo monástico de la escritura al modelo escolástico de la lectura, desde

la técnica humanista de los lugares comunes a las lecturas espirituales y religiosas del cristianismo reformado, desde las maneras populares de leer hasta la “revolución de la lectura” de la época de la Ilustración) cede su lugar, en las sociedades contemporáneas, a una dispersión de los usos que corresponde a la del mundo social. Al llegar el siglo XIX, la historia de la lectura entra en la edad de la sociología de las diferencias.

La lectura, entre la coacción y el ingenio

La historia de la lectura ha compartido durante mucho tiempo dos tipos de enfoque: el que pretendía desplazar o rebasar la historia literaria tradicional y el que se basaba en una historia social de los usos de lo escrito. La estética de la recepción (al estilo alemán), la *reader-response theory* (a la americana), los trabajos basados en los formalismos ruso y checo, más historicistas que los estructuralismos francés y norteamericano, han sido otras tantas tentativas de “sacar” la lectura de la obra, para entenderla como una interpretación del texto que no está enteramente gobernada por las ordenaciones lingüísticas y discursivas. Por otro lado, la historia de la lectura ha encontrado poderosos apoyos en la historia de la alfabetización, la de las normas y las competencias culturales y la de la difusión y los usos de lo impreso. Se ha mostrado como la prolongación posible y necesaria de los estudios clásicos que han valido para diseñar, en diversos lugares europeos, la coyuntura de la producción editorial, la sociología de los poseedores de libros, y la clientela de los libreros, de los gabinetes literarios y las sociedades de lectura.

Entre esas dos formas de abordar la cuestión, el análisis bibliográfico a la manera inglesa y norteamericana ha propuesto una posible articulación. Por un lado, muestra cómo afectan las formas del libro y las disposiciones de la página a la construcción del sentido del texto. Y por otro lado recoge, en el propio libro, tanto las huellas de su circulación (marcas de posesión, *ex libris*, menciones de compra, etc.) como las de su lectura (subrayados, anotaciones, índices personales, textos manuscritos, etc.). Con ello, recuerda que los textos siem-

pre se comunican a sus lectores en formas (manuscritas o impresas, escritas u orales) que les obligan, sin destruir por ello su libertad.

La historia de la lectura que proponemos colectivamente en el presente libro pretende cruzar entre sí esos diversos métodos de aproximación aunque, claro está, se encuentre más cerca de la historia que de la literatura. Se propone un doble objetivo: reconocer las trabas sociales que limitan la frecuentación de los libros y la producción de sentido; hacer un inventario de los recursos movilizables por la libertad del lector, una libertad siempre inscrita dentro de dependencias múltiples, pero que siempre tiene en sus manos el pasar por alto, desplazar o subvertir los dispositivos destinados a reducirla.

De esos dispositivos, los primeros son los que instituyen la ley y el derecho. Las censuras y las autocensuras, pero asimismo el régimen jurídico que fija el derecho de los autores y el de los herederos, son otros tantos mecanismos que refrenan a los lectores. Por defecto, privando a la mayor parte de entre ellos de las obras prohibidas, reservadas a una minoría de quienes, privilegiados o audaces, forman la clientela de los vendedores clandestinos. Y por exceso, puesto que los textos expurgados, mejorados o retocados por la voluntad de los censores o la de los albaceas testamentarios se ven alejados de su forma primitiva y de la intención de su creador.

Las estrategias editoriales constituyen asimismo unos límites a las prácticas de lectura. No cabe duda de que, al inventar géneros nuevos, a un mismo tiempo textuales y editoriales, al poner a disposición de los menos acaudalados ediciones baratas (primero los *pliegos sueltos*, libros de la *Bibliothèque bleue* y *chapbooks*, y luego los folletines en los periódicos y las colecciones populares), los editores le proponían al público una gama de lecturas posibles cada vez más amplia y diversa. La libertad de los lectores, de todos modos, sólo podía ejercerse dentro de esas opciones realizadas partiendo de intereses o preferencias que no eran forzosamente las suyas. Aunque esas preferencias no fueran todas ni siempre estrictamente comerciales, ellas fueron las que gobernaron las políticas editoriales y rigieron la oferta de lectura. Aunque aflojado en la

edad de la industrialización de la imprenta, de la competencia múltiple y de los nuevos públicos, ese control desde arriba de las lecturas mediante las decisiones de los editores fue característica duradera de las sociedades del Antiguo Régimen.

Dentro de los territorios así propuestos para sus recorridos, los lectores se apoderaron de los libros (o demás objetos impresos), les dieron un sentido y los investían de sus esperas. Esa apropiación tenía sus reglas y sus límites. Las unas le venían de las estrategias desplegadas por el propio texto, que pretendían producir efectos, dictar una postura, obligar al lector. Las trampas que se le tendieron y en las cuales tenía que caer sin siquiera darse cuenta eran proporcionales a la inventiva rebelde que siempre se le supone. Otros códigos de lectura, a la vez coactivos y subvertidos, venían dados por la imagen. La cual solía acompañar al texto impreso e instituía un protocolo de lectura que debía, o bien enunciar con otros signos, pero dentro de una misma gramática, lo que formulaba el escrito, o bien ayudar a ver en un lenguaje específico lo que la lógica del discurso carecía de fuerza para mostrar. De todos modos, tanto en un caso como en el otro (que indican dos regímenes de funcionamiento muy diferenciados de la relación entre el texto y la imagen), la ilustración, encargada de guiar la interpretación, podía convertirse en el soporte de “otra” lectura, despegada de la letra, creadora de su espacio propio.

Esa dialéctica de la coacción y la inventiva implicaba que se cruzasen una historia de los convencionalismos que regulaban la jerarquía de los géneros, que definían las modalidades y los registros del discurso, y otra historia, la de los esquemas de percepción y de juicio propias de cada comunidad de lectores. Uno de los objetos principales de la historia de la lectura reside en la identificación de las grandes diferencias que, a largo plazo, se fueron ahondando entre los lectores o las lectoras, imaginadas, designadas o intentadas por las obras, y, por otro lado, sus públicos plurales y sucesivos.

Un desajuste semejante es el que produjeron las variaciones en la “puesta en texto” de las obras. Dependiendo, según los casos, de la voluntad del autor, de la elección del editor

o de las costumbres de los tipógrafos (o los copistas), las formas dadas a la presentación de los textos tienen un doble significado. Por una parte, traducían la percepción que los hacedores de textos o de libros tenían de las competencias de los lectores; por otra, apuntaban a imponer una manera de leer, a modelar la comprensión y a controlar la interpretación. En el manuscrito y en el impreso, esas diferencias formales, materiales, se sitúan en diversas escalas. En primer lugar la línea, con la aparición en la Edad Media de la separación entre palabras, condición esencial para que fuera posible una lectura silenciosa. Luego la página, transformada por dos veces: en los últimos tiempos del libro manuscrito, por la desaparición de los textos marginales (rúbricas, glosas, comentarios) en los siglos XVI y XVII, con la aparición y luego la generalización de los puntos y aparte y la división en párrafos. Y por último el propio libro, al cual la técnica de lo impreso le dio su identidad, plasmada en la portada, y una manejabilidad nueva remachada por la generalización y fijación del doble dispositivo de la paginación y los índices.

La historia de las prácticas de lectura que este libro propone pretende cruzar esos diversos enfoques, esas diferentes maneras de entender el encuentro entre los textos y sus lectores. Una misma idea les ha reunido: apoyar mediante un estudio de las transformaciones de las maneras de leer la mirada novedosa que se puede echar sobre las evoluciones principales (culturales, religiosas, políticas) que han ido transformando a las sociedades occidentales desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días. Muy temprano, ya en el mundo griego, esas sociedades fueron sociedades de lo escrito, del texto, del libro. Pero la lectura no es una invariante antropológica sin historicidad. Las mujeres y hombres de Occidente no han leído siempre de la misma manera. Varios modelos han orientado sus prácticas; varias “revoluciones de la lectura” modificaron sus gestos y costumbres. Nuestra obra tiene la pretensión de establecer el inventario de esos modelos y esas revoluciones, y de facilitar su comprensión.

Historia de la lectura

La Grecia arcaica y clásica.

La invención de la lectura silenciosa*

Jesper Svenbro

* El presente capítulo recoge lo esencial de dos trabajos, a los cuales se remite al lector deseoso de una visión más completa de la cuestión: J. Svenbro, *Phrasikleia. Anthropologie de la lecture en Grèce ancienne*, París, 1988; *ibid.*, “La lecture à haute voix. Le témoignage des verbes grecs signifiant ‘lire’”, en C. Baurain, C. Bonnet y V. Crings (eds.), *Phoinikeia grammata. Lire et écrire en Méditerranée*, Lieja-Namur, 1991, pp. 539-548.